

El Sr. Mora está siempre acompañado de su Secretario, eclesiástico joven de exterior amable y simpático; dotado de virtud y de ciencia y en todo adecuado á las arduas funciones que ejerce; llámase el Pbro. Dn. Guillermo Dye. La respetable personalidad del Sr. Pbro. Dn. Joaquín Adam, figura también cerca del Sr. Obispo Mora en calidad de Vicario General de la Diócesis. Es una persona muy afable á quien adorna toda la finura de un cumplido caballero, con el tacto exquisito y la penetración certera del hombre de gobierno, sobre cuyos hombros descansa toda la confianza del Prelado. Barcelonés de origen, tiene ese despejo propio de su raza unido á la energía que siempre caracterizó á los catalanes. No hallándose en casa, visitó por la noche á los misioneros en su alojamiento, y aceptó complaciente la invitación que estos le hicieron de celebrar como Preste en la solemne Misa que habrá de cantarse el día 12 próximo, señalado para la fiesta inaugural de la Casa Noviciado de San Luis Rey.

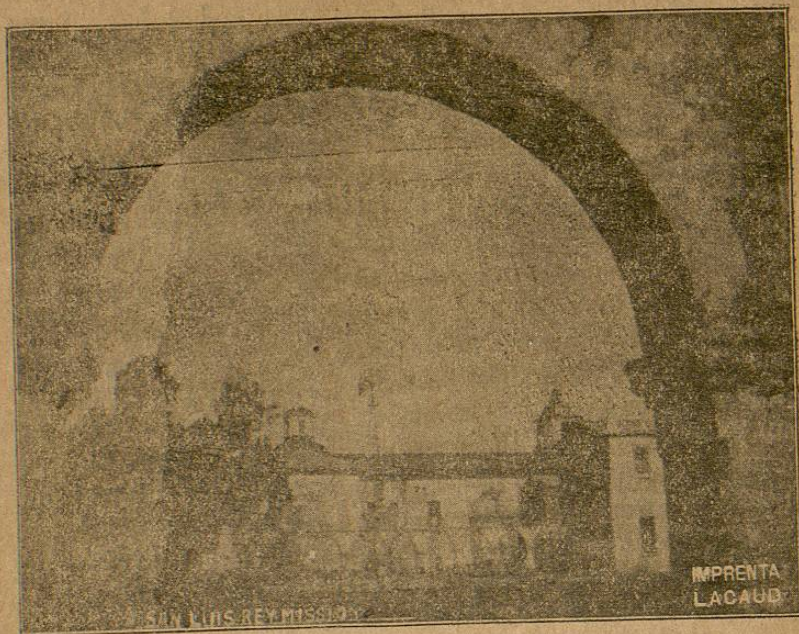
IV. EN MARCHA.

A las 8 y 30 minutos a. m. del día 10 emprenden los misioneros su marcha de los Angeles á San Luis Rey. Un siglo antes los humildes trapenses salían de Francia desterrados y perseguidos por la furia revolucionaria, para ir á establecerse en el Valle Santo entre las ruinas de una antigua abadía, que el trabajo y la constancia de los solitarios transformaron más tarde, de páramo yermo y agreste que era, en una mansión del Paraíso cristiano. El camino que hoy van á recorrer los misioneros, sin ser tan uniformemente bello como el que á su espalda dejan, no carece de encantos, sobre todo para el alma que se sumerge en la contemplación de lo pasado. ¡Cuántos recuerdos de las antiguas glorias franciscanas surgen á cada paso en estos sitios por donde atraviesa el férreo vehículo en su veloz carrera! Aquí, entre campos de gualda, corre el río de la *Porciúncula* de Oriente á Occidente para ir á mezclar sus dulces y cristalinas aguas con las salobres del Pacífico. A la izquierda queda la áspera Sierra de *San Gabriel*, regada en otro tiempo con la sangre de un mártir franciscano. Más adelante se escapan rápidamente á la vista extensísimas selvas de nogales, con su verde brillante de esmeralda. En seguida espesos naranjales, car-

gados todavía de sus dorados frutos, vienen á anunciaros la proximidad del delicioso pueblo de Orange, donde las brisas llevan á larga distancia el aroma que despide el azahar. Viene después la Misión de San Juan Capistrano, con sus célebres ruinas, y extensos viñedos plantados en otro tiempo por la mano del misionero franciscano y conservados hoy por la codicia del vinicultor. Desde aquí comienza á descubrirse, como una lámina de acero bruñido el Océano Pacífico, ese mar imagen de lo infinito, profundo, inmenso, sin límites, sin riberas visibles del lado opuesto, á la mirada atónita del observador. Un terreno árido y salino sigue á lo largo de la playa, agrietado de trecho en trecho por las corrientes pluviales, hasta que pasando por una garganta de montañas de poca elevación, se llega inesperadamente al reducido, pero gracioso pueblecito de Oceanside.

En ninguna parte más que en este pueblo se echa de ver tan á primera vista el alto grado de ilustración y cultura á que ha llegado la humanidad en la gran República de Washington. El censo á duras penas podrá llegar á dos ó tres mil vecinos, y, sin embargo, hay allí todos los elementos bien sostenidos de un gran centro de población. Escuelas, colegio, templos, teatro, boticas, almacenes, cajones de efectos de lujo, mercerías abastecidas de objetos de cristal y porcelana, hoteles, cafés, una magnífica estación ferrocarrilera con fuentes y jardines hermosos, telégrafos, aduana, administración de correos, hospital y una estación balnearia á espaldas del hotel Harrington; hé aquí todo lo que la humana previsión ha podido reunir en la que quizá habría razón para llamarle la ciudad más pequeña de todo el mundo, reuniendo todas las propiedades de tal. Bien es verdad que en su origen se creyó que este sitio estaba llamado á representar un papel de importancia en la línea que el ferrocarril recorre orillas del Pacífico; pero sin haber llegado á la altura que se pretendía, ocupa con verdad un lugar honrosamente excepcional entre los cortijos de su especie. Allí llegaron nuestros misioneros á las once y quince minutos de la mañana y poco después se disponían á recorrer el corto espacio de poco más de cuatro millas que de allí dista San Luis Rey, punto final de la presente excursión.

V. La nueva casa.



Rompe la carretera de Oceanside á San Luis Rey retorciéndose por entre unos paredones formados por grandes conglomerados de terreno de acarreo depositados por las corrientes diluvianas á manera de grandes masas que dominan la extensa llanura, donde en el centro de extensos sembrados de trigo, cebada, habena y otras plantas forrajeras, se elevan majestuosas las ruinas de una antigua Misión. La cúpula y el campanario de la iglesia descuellan sobre todas las otras construcciones. Elévanse al lado de ella y juntándose en ángulo recto dos larguísimas series de arcos, que debieron ser en tiempos lejanos los corredores de un gran patio interior, á manera de claustro. Todo allí respira desolación, todo allí revela la caducidad de las humanas empresas. Y sin embargo, es hoy el punto objetivo á donde unos pobres religiosos, después de las vicisitudes de treinta años transcurridos desde su dolorosa exclaustación, dirigen sus miradas, concentran sus esfuerzos, como el náufr-

go que luchando en frágil tabla sobre las olas de un mar embravecido, llega á la desierta playa donde la divina Providencia le prepara nuevos destinos.

Frente á esas ruinas una reducida habitación de madera, recientemente construida se levanta. Habítanla dos religiosos, anciano el uno y encanecido en la virtud y el sufrimiento, y gozando el otro de una vigorosa virilidad que le mantiene activo y diligente en sus empresas, constante en el trabajo, fiel á su seráfica vocación, y que según el texto sagrado es del número de aquellos varones esclarecidos que pueden emplearse en la salvación de los restos dispersos de la casa de Israel. Sus nombres son Fray Francisco Alvarez y Fray José Jeremías O'Keefe. Ambos llevan vestido el hábito que distingue á los hijos del Serafín de Asís, y ambos rebotando de júbilo inefable salen á la puerta de su humilde habitación para recibir dentro de ella á sus compañeros, que gozosos también, dan y reciben el ósculo de paz, entrando en seguida á tomar participación en las santas tareas de su empresa regeneradora.

Al atravesar por un pasillo estrecho, llámales la atención una puerta pequeña por la cual penetran á un modesto oratorio. La Majestad divina, envuelta en los accidentes sacramentales, se oculta allí, en un altar tan pobre que arranca lágrimas á aquellos celosos Sacerdotes que en tiempos no distantes presenciaron las pompas solemnes con las cuales se tributaba al Señor el culto debido en la opulenta Zacatecas. Después de una corta oración, los huéspedes son introducidos al Refectorio, en donde se les sirve cariñosamente el pan de la hospitalidad. En seguida van á recorrer todo el edificio que consiste en dos pisos, con aposentos pobremente amueblados, pero suficientes á cubrirles contra la intemperie y á socorrer sus necesidades más apremiantes. El día 11 lo han pasado en prepararse para la fiesta de inauguración, que va á tener lugar el día siguiente. Un excelente Armonium acabá de recibirse y el que esto escribe, desde su pobre celda está deleitándose con las místicas armonías que una mano ejercitada arranca á ese instrumento, que parece haber sido inventado por los ángeles para acompañar los cánticos sagrados de mil y mil corazones que alaban y bendicen á su Creador.

VI. La inauguración.

Llega por fin el tan suspirado día 12 de Mayo de 1893. La pequeña colonia de San Luis entra en movimiento desusado. Desde muy temprano por la mañana grupos de personas, vestidas de gala, de todo sexo, de toda edad, de toda condición, atisban desde las afueras del templo, ó pasean á corta distancia por la campiña que le rodea. La alegría se dibuja en todos los semblantes. Todos se dan anticipadamente la enhorabuena por el fausto acontecimiento que da motivo á la general expectación, y seis fotógrafos aprestan sus reproductores aparatos. A eso de las nueve de la mañana una larguísima serie de carruajes recorre el camino que conduce de Oceanside á S. Luis Rey, rompiendo la marcha el que ocupa el Ilmo. Sr. Obispo de los Angeles Dr. D. Francisco Mora, acompañado de su Vicario General, el Sr. D. Joaquín Adam, y de su simpático Secretario el joven eclesiástico D. Luis Guillermo Dye, de quienes ya hemos hablado en otro lugar, y que ahora son recibidos de una manera modesta, sí, pero afectuosa, por los nuevos habitantes de la antigua Misión. Van llegando en seguida numerosas familias de las más notables de la Alta California, entre las cuales se distinguían las de los Sres. D. Juan, D. Marcos y D. Fernando Foster, banqueros; D. Francisco Pico, propietario de grandes fábricas; D. Francisco Estudillo, rico agricultor; D. Francisco Moreno, capitalista millonario; D. Francisco Altamirano, hacendado, cuyos nombres, con los de otros muchos concurrentes, se publicaron en los periódicos intitulados "The Examiner" de San Francisco de California y "The Catholic Times" de Filadelfia. A medida que llegan, apresúranse á entrar en el templo, donde se van situando convenientemente.

La campana de la Misión da por fin la señal de que la fiesta va á empezar. El júbilo y regocijo general suben de punto. El Prelado Diocesano sale de la casa precedido de la Comunidad naciente; rompen la marcha los postulantes; siguen luego los profesos y los sacerdotes; una numerosa concurrencia de señoras y de caballeros forma valla; la procesión penetra en la iglesia, y la orquesta y el órgano acompañan el himno Sacro que entonan en el coro cien cristianas voces ¡Cuán poética austeridad respira todo en aquel sagrado recinto! Ni ricas colgaduras, ni vistosos gallardetes, ni olorosas

flores, ni aromáticos pebetes, ni mullidas alfombras, ni ricos ornamentos, ni vasos de oro y plata, ni arañas de bronce ó de cristal, ni.....nada, absolutamente nada de lo que en los antiguos templos católicos constituye la magnificencia y esplendor del culto que se tributa al Señor de todo lo creado, nada de eso hay allí, donde los murciélagos y las cornejas pacíficamente han habitado por más de 40 años. Las paredes sucias y derruidas por la lluvia que ha penetrado por los techos rotos; los altares desmantelados y como avergonzándose de mostrar en sus hornacinas algunas esculturas mutiladas, que en otro tiempo fueron objeto de cristianos cultos; el pavimento polvoriento y suelto.....todo, todo revela dolorosamente las vicisitudes por las cuales ha tenido que atravesar aquella en otro tiempo floreciente casa del Señor.

¿Y es este el lugar santo en donde dentro de breves instantes va á descender toda la majestad del Dios de los ejércitos á la potente voz del sacerdote? ¡Dios mío! el que te niegue en medio del esplendor y la grandeza, no podrá menos de confesarte en el anonadamiento á que hoy te somete tu amor inefable á los mortales. En efecto; el Sacerdote, apareciendo con pobres vestiduras, se presenta en el altar; modestos levitas le acompañan; el pontífice asiste, vestido también humildemente, en simple manteleta y sin hacer, relucir en sus sienes la áurea mitra, pensando tal vez en el contraste que ella haría con el pobre aparejo que sus ojos descubren por doquiera.....

Pero aguardad.....suaves armonías resuenan en la parte alta del templo. El órgano y la orquesta acompañan los dulcísimos acentos de voces que parecen celestiales. El Sr. Meligan da muestras de habilidad no común al pasar diestramente sus dedos sobre el teclado y su hermosa voz de bajo sostenida sobresale entre los bajos más profundos del mismo órgano. La señorita Benicia Lyons, *soprano absoluto*, sube con facilidad á notas agudísimas sin menoscabo de su voz de ángel; la señorita Merrick la sigue muy de cerca con un timbre argentino y la voz de contralto de la señorita Hilb, tierna y modulada, imita los trinos del ruiseñor de América, mientras la voz de tenor de fuerza del Sr. Bailey viene á darle vigor á la armonía, haciendo en ella el mismo efecto que en la pintura, traído con maestría y oportunidad el claro oscuro. El distinguido clari-

netista Sr. Helb, los afamados violinistas Sr. Heilg y Sr. Upavoil, no menos que el acreditado contrabajista Sr. Andersen, puede decirse que se han excedido á sí mismos. La pieza ejecutada fué una de las mejores y más hermosas misas de Peters, y no hay para que decir que en ella, como en toda música de gusto anglo-sajón, predomina la armonía solemne y majestuosa sobre la dulce y apacible melodía que tanto se acomoda al gusto filarmónico de los pueblos neolatinos.

Al terminar el Evangelio, que cantó el Sr. Secretario Dye, el R. P. Malabehar ocupó la cátedra sagrada pronunciando un elocuente discurso, sirviéndole de texto aquellas palabras que se leen en el capítulo XX, versículos 41 y 42, de la profecía de Ezequiel, y cuyo sentido es: "*Por eso os he entresacado de todos los pueblos; para que me pertenezcáis y seáis Santos, ofreciéndome incienso y sacrificios por vosotros y por vuestros padres.*" Ardua y difícil tarea hubiera sido la de seguir al orador paso á paso para dar al que esto leyere alguna idea tal cual adecuada de la pieza oratoria que nos ocupa, y la justa celebridad del predicador y lo sabido que es como fluyen de sus labios las palabras á modo de un torrente impetuoso en el cual sería por demás dificultoso recoger en el hueco de la mano tan solamente algunas gotas de agua, nos ponen á cubierto de acometer una empresa en la que no podríamos menos de quedar deslucidos. Diremos solamente que con elocuencia sublime trazó en su exordio rasgos notables, parodiando con oportunidad algunos pasajes bíblicos referentes á David, á Salomón y á los tres niños en el horno de Babilonia. Manifestó de una manera tierna y patética su gratitud al Señor, por haberse dignado elegir á los religiosos de Guadalupe para venir á este santo lugar, y al Ilmo. Sr. Obispo de los Angeles por la benevolencia con que se dignó dispensar la favorable acogida. Sentó que la misión de esos religiosos era la de venir á ofrecer sacrificios; que el asunto que le ocupaba era grandioso y que las fuerzas del orador no alcanzaban á tratarle convenientemente. Profundas reflexiones filosóficas hizo en seguida sobre lo precario y fugaz de nuestra existencia deleznable; y trayendo á la mente con oportunidad feliz el doloroso recuerdo de la exclaustación de los religiosos de Guadalupe, estableció un paralelo entre los padecimientos á ellos ocasionados por ese acto

violento ó injustificable durante más de treinta años, y los prodigios obrados en tiempo de Faraón, cuando este tirano vejaba de todos modos y oprimía tenazmente al pueblo escogido, "No nos era lícito, exclamaba el orador con sentido acento, no nos era lícito ni entonar cánticos de alabanza á nuestro Dios, y hemos tenido que comer, mojándolo en nuestras propias lágrimas, el amargo pan del desterrado." "¿Qué mérito, pues, hemos tenido, añadía poco después, para haber sido llamados á este santo lugar?" Y dirigiéndose luego á sus religiosos compañeros, exhortoles á esforzarse por imitar al infatigable Zorobabel en la árdua empresa de reedificar el santuario, terminando el discurso con una paráfrasis bien sostenida de la conmovedora y ferviente oración que Salomón dirigió á Dios al dedicarle el templo de Jerusalén.

Terminada la Misa el Pontífice dió al pueblo solemnemente la bendición y acto contínuo el R. P. Secretario General Fr. Angel de los Dolores Tiscareño, dió lectura á los documentos por los cuales consta de la canonicidad de la fundación y á la narración auténtica de todo lo actuado en la erección del nuevo Noviciado y en la instalación de la Comunidad que iba á ser desde ese día la legítima sucesora del célebre Colegio de Guadalupe de Zacatecas.

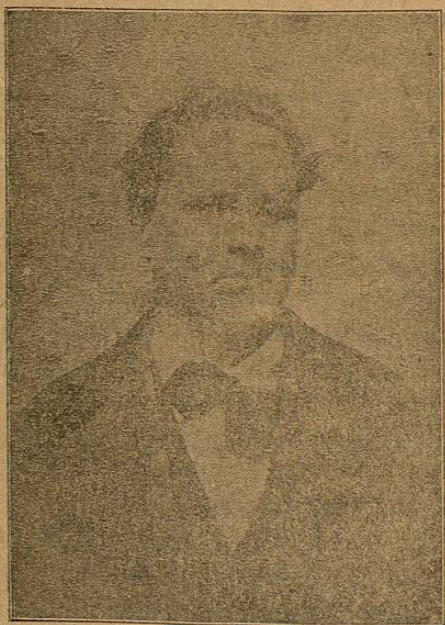
El Acta, redactada en latín, decía poco más ó menos lo siguiente:

Esta santa casa Noviciado de San Luis Rey, fué fundada el día doce de mayo de mil ochocientos noventa y tres por el M. R. Padre Don Fray José Guadalupe de Jesús Alva,—actual Obispo de Zacatecas—y entónces Comisario General de los Colegios apostólicos de México, comisionado por el R. P. Superior local del Colegio de Guadalupe á quien había designado á ese fin el anterior P. Comisario Fr. Isidoro M. Camacho. Acompañaban á dicho Señor Alva el R. P. Fray Ambrosio Malabehar, Presidente de la nueva fundación; el Secretario de la Comisaría General, Fr. Angel Tiscareño y los fundadores traídos de Zacatecas, Fr. Pedro Ozeguera y Fr. Bernardino Martínez, sacerdotes. El M. V. P. Francisco Alvarez, antiguo religioso del Colegio de S. Fernando de México, y el V. P. Fr. José Jeremías O

Keefe, ya estaban allí desde antes y allí continuaron como fundadores también.

Del V. Clero de la Diócesis asistieron el Ilmo. S. Dr. Don Francisco Mora, Obispo de Monterrey y los Angeles, el M. I. S. Pbro. D. Joaquín Adam, Vicario General de la Diócesis, Pbro. Luis J. Meyer, Superior de los Lazaristas en los Angeles y W. L. Dye, Secretario de la S. Mitra.

Tomaron el hábito ese día D. Jesús de la Hoz, para novicio



R. P. J. J. O' Keefe.

- | | | |
|---|---------------------|-----------------------------|
| 1 | M. V. P. Presidente | Fr. José Jeremías O' Keefe. |
| 2 | „ „ Predicador | Fr. Buenaventura Alemán. |
| 3 | „ „ „ | Fr. Guadalupe del Río. |
| 4 | „ „ „ | Fr. Bernardino Madueño. |
| 5 | „ „ „ | Fr. Vicente Macedo. |
| 6 | „ „ Novicio | Fr. Guadalupe Torres. |
| 7 | Hno. Corista | Fr. Jesús Carrillo. |
| 8 | „ Laico | Fr. Junípero Ramírez. |

corista, D. Manuel Rizo, para niño, y D. Andrés Guerrero para novicio laico, siendo el número total 59 de los que desde esa fecha hasta el día 1o. de Febrero de 1906, esto es en los primeros 13 años de la fundación, tomaron el hábito en San Luis Rey. De estos llegaron á profesar 7 de votos simples, siendo 17 coristas y 10 laicos: los 32 restantes dejaron el hábito.

Hasta el día 12 de Mayo de 1906 formaban la nómina de la venerable comunidad de S. Luis Rey los religiosos siguientes:

- | | | |
|----|------------|------------------------|
| 9 | Hno. Laico | Fr. Gil de la Fuente. |
| 10 | „ „ | Fr. Francisco Dávila. |
| 11 | „ „ | Fr. José María Bernal. |
| 12 | „ „ | Donado Juan González. |
- Laico Fr. Francisco Hurtado.

Han salido para los Colegios de Guadalupe, Zapopan y Querétaro:

- | | |
|-------|--------------------------|
| V. P. | Fr. Luis del Palacio. |
| „ „ | Fr. Rafael Hernández. |
| „ „ | Fr. Antonio Espinosa. |
| „ „ | Fr. Antonio Gómez. |
| „ „ | Fr. Conrado Fonseca. |
| „ „ | Fr. Francisco Rivera. |
| „ „ | Fr. Daniel Meza. |
| „ „ | Fr. Narciso Alvarez. |
| „ „ | Fr. Nilo Murillo. |
| „ „ | Fr. Bernardo Flores. |
| „ „ | Fr. Ignacio Yáñez. |
| „ „ | Fr. José María Casillas. |
- Laicos Fr. Salvador Reyes y Fr. Diego Sanabria.
- En los 13 años ha habido solo tres defunciones:
- M. V. P. Fr. Francisco Alvarez.
- „ „ „ Fr. José María Caballero.
- Hermano Laico, Fr. Pascual Manzano.

En la administración parroquial de San Luis Rey confiada á sus religiosos, se comprenden los pueblos de Pala, Pauma, Vista, Fresus, Temécula, Rincón, las Flores, y Pichanga, en toda esta comprensión ha habido durante el mismo período de 13 años.

Bautismos.....	503
Confirmaciones.....	99
Ordenaciones sacerdotales.....	15
Matrimonios.....	66
Defunciones.....	73

Notas de actualidad.

Desde la última restauración de la Misión ya se tenía el pensamiento de edificar el convento contiguo á la iglesia, en el